

EL CORREO DE ULTRAMAR

PART LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 14 de LA MODA.

1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 4,018.

AVISO IMPORTANTE

Antes de cortar este número, debe desdoblarse



Alsacianos que se deciden por la nacionalidad francesa (alcaldía de la Villette).

SUMARIO.

Alsacianos que se deciden por la nacionalidad francesa: grabado. — Revista de Paris. — Estudios históricos: La vida y hechos de Atila. — Exposición de 1872: grabado. — Actualidades, por Bertall: grabados. — Lyon: grabado. — ¿Qué hará de ello? — La Exposición floral de Cherburgo: grabado.

Revista de Paris.

Sabemos por fin á qué atenernos sobre la importante cuestion de las negociaciones que el gobierno francés habia entablado con el alemán para apresurar, segun se decia, la liberacion del territorio. ¡Qué de promesas nos hacian continuamente los diarios oficiosos en sus estudiadas indiscreciones! Los implacables vencedores se habian vuelto de repente mansos como corderos: no se ponian en duda que siempre hubiera que pagarles los 3,000 millones; pero á vuelta de esto, la Francia se iba á encontrar con una liberacion anticipada, mediante ciertas garantías financieras, y así se iba á lograr el gran deseo de todos los franceses. Y esto se esperaba porque M. Thiers estaba en el poder: si un conflicto cualquiera venia á turbar la confianza que tenian los alemanes en el presidente de la República francesa, no habia ya nada que esperar; en lugar de la evacuacion era de temer que la ocupacion se extendiera mas y mas, que las condiciones que aun debían cumplirse se hicieran todavia mas onerosas. Con esa amenaza se conjuraban todas las tempestades, la voz del patriotismo imponia silencio á los partidos, y cada cual esperaba con grata esperanza el suspirado instante en que se iban á publicar los brillantes resultados de la accion diplomática del gobierno.

El domingo último comenzaron los periódicos de Bruselas y de Londres á revelarnos en sustancia las cláusulas del tratado; pero no se hizo caso de tales noticias, que se tenían poco menos que por apócrifas, en razon á que no se descubrian en ellas las ponderadas ventajas con que habia adormecido á la opinion la prensa oficiosa.

Sin embargo, veinte y cuatro horas despues fué preciso rendirse á la evidencia.

El gobierno leyó en la Asamblea el nuevo tratado, y pidió con urgencia el nombramiento de la comision que debe dar su dictámen.

Las antiguas estipulaciones se han modificado de la manera siguiente:

Los 3,000 millones que debe la Francia, de los 5,000 que formaban la enorme indemnizacion de guerra, no eran exigibles antes del 2 de marzo de 1874, y un cuerpo de 50,000 hombres debia ocupar hasta la misma época seis departamentos de la frontera del Este, así como la fortaleza de Belfort y su territorio.

Sin embargo, el tratado que contenia estas disposiciones estipulaba igualmente la posibilidad de sustituir á la garantía territorial consistente en la ocupacion parcial del territorio francés una garantía financiera aceptable para la Alemania.

En vista de esta posibilidad se entablaron las negociaciones, que han dado por resultado el presente convenio.

Por este se estipula que deberá pagarse la cantidad de 500 millones dos meses despues de la ratificacion, y seguidamente serán evacuados los departamentos del Marne y el Alto Marne.

Los pagos subsiguientes tendrán lugar en estos plazos: La cantidad de 500 millones el 1º de febrero de 1873; despues 1,000 millones el 1º de marzo de 1874; y el vencimiento de los últimos 1,000 millones se aplaza hasta el 1º de marzo de 1875.

Hay un año mas para completar los pagos de la deuda. Satisfechos los segundos 1,000 millones, los alemanes evacuarán los departamentos de las Ardenes y los Vosgos.

Por último, pagado todo quedarán libres de alemanes los departamentos del Meurthe y del Mosa y Belfort con su territorio.

Sin embargo, la Francia podrá anticipar los vencimientos, determinando así gradualmente la liberacion del territorio ocupado.

El preámbulo del proyecto de ley para la aprobacion del convenio, dice que dentro de algunas semanas estarán evacuados el Marne y el Alto Marne, pues el gobierno tiene ya preparado el primer plazo de 500 millones; y que, segun la experiencia del último empréstito, se puede creer que los departamentos de las Ardenes y los Vosgos lo estarán tambien antes de la próxima primavera.

En cuanto al último plazo, el gobierno dice que se le presentan dos medios de satisfacerle.

Posible es que con los recursos del empréstito y gracias á algunas combinaciones de banca, se pueda entregar á fines de 1873 ó principios de 1874.

Todo depende, pues, de la facilidad que encuentre el gobierno para anticipar los pagos, esto es, todo depende del crédito, del buen orden en la hacienda.

Pero hay mas aun: mientras dure la ocupacion, los departamentos sucesivamente evacuados serán neutralizados y no se podrán levantar en ellos nuevas fortificaciones.

El gobierno francés habria querido, como parecia justo, que el efectivo del cuerpo de ocupacion siguiera proporcionalmente la disminucion de los territorios ocupados; pero la Alemania se ha negado á aceptar un arreglo que habria reducido finalmente sus tropas á menos de 20,000 hombres, insuficientes, á su juicio, para mantenerse en pais extranjero.

El preámbulo concluye de esta manera:

« Así pues, una evacuacion gradual, que va á comenzar por dos departamentos, que seguirá en otros dos dentro de diez meses, y totalmente en diez y ocho ó veinte, segun creemos; que á juzgar por las seguridades que nos llegan de todas partes, podrá consumarse antes, gracias á los recursos del empréstito y á las combinaciones financieras á que servirá de prenda, tal es el objeto del tratado.

» El gobierno ha creido que tan importante negociacion no debia diferirse mas tiempo. La paz que reina en Europa, la política de moderacion que prevalece en todos los gabinetes, el completo restablecimiento del orden y la libertad en Francia, la vuelta del trabajo y de la prosperidad pública, la solidez de nuestro crédito, finalmente, la confianza que inspira el gobierno en el interior y el exterior, todo nos infunde la certeza de que el formidable empréstito necesario para operar nuestra liberacion definitiva se hará efectivo en las mas favorables condiciones. En el ardor que demuestra la Francia para consumir penosos sacrificios, el mundo verá la señal cierta del espíritu pacífico que la anima. »

Nuestros lectores conocen, pues, todas las cláusulas del nuevo convenio, y, sin duda participarán de la sorpresa que ha causado en Paris á todo el mundo.

¿Qué necesidad habia de tales modificaciones al tratado primitivo?

Tal es la primera pregunta que se ocurre.

Se gana un año, responden los partidarios del convenio.

Es decir, que ganan un año los alemanes, porque á ellos aprovecha en realidad ese nuevo plazo, que la Francia no necesita, puesto que cuenta antes de dos años con el producto total del empréstito que se va á emitir seguidamente; le ganan los alemanes, porque en ese tiempo la Francia no puede levantar fortificaciones en los departamentos que son hoy sus fronteras, y entre tanto tiene que mantener una ocupacion de 50,000 hombres, que pesará cruelmente sobre los dos últimos departamentos que deben evacuarse.

No, no habia necesidad de tal convenio, que es una agravacion terrible del tratado de paz, lejos de ser lo que nos prometieron los diarios oficiosos.

El efecto que su lectura produjo en la Cámara fué tristísimo; máxime cuando dió origen á interrupciones que fueron un verdadero escándalo.

Se trataba de una cuestion de impuestos enlazada con el sistema de libertad comercial que inauguró el Imperio, y que suena tan mal á los oídos del presidente de la República.

M. Rouher toma la palabra para defender aquel sistema económico que ha dado en Francia resultados incontestables en favor del comercio y la industria, y los diputados de la izquierda le interrumpen obstinadamente.

La derecha aprueba; porque á tal estado han llegado las cosas, todo se convierte en cuestion política, y solo porque unos apoyan, aun cuando tengan que desmentir con ello todos sus antecedentes, otros contradicen, aun cuando sea su misma opinion la que se sostiene.

Sobre esta escaramuza, precursora de la gran batalla que se está esperando para cuando se trate el escabroso capitulo relativo á las primeras materias, M. de Remusat, ministro de Negocios extranjeros, sube á la tribuna, y lee el convenio.

Excitados los ánimos con el incidente anterior, un diputado interrumpe al ministro, exclamando:

— Escuchad, M. Rouher.

Y pasados algunos instantes, otro diputado dice con no menos oportunidad é intencion:

— Escuchad, M. Jules Favre.

Cada una de esas interrupciones produce un tumulto indescriptible.

Así se arrojan la piedra unos á otros los hombres políticos de la Asamblea.

Al principio de la misma sesion, el general Trochu se despidió de la vida pública, como habia prometido hace poco tiempo.

Hé aquí los términos de la carta que con este motivo dirigió al presidente:

« Penetrado desde el fin de la guerra del pensamiento que los trabajos y las pruebas que han agotado mis fuerzas en una carrera ya bastante larga, y que los sucesos cuyo peso me ha impuesto la Providencia, me hacian impotente para continuar sirviendo al país, decliné públicamente toda candidatura á la representacion nacional. Sin

embargo, me eligieron y me resigné á aceptar el mandato forzoso, en cierto modo, para asumir mi parte de responsabilidad en la votacion de la paz, y para renovar, afirmándolos y completándolos, los principios y miras que expresé en otros tiempos acerca del ejército. He cumplido con este doble deber y me retiro á la vida privada, suplicándos tengais á bien transmitir á la Asamblea nacional mi dimision de diputado por el departamento de Morbihan. »

Esta dimision ha pasado completamente desapercibida. El hombre que infundió en Paris tantas esperanzas durante el sitio, á quien todos dispensaron una confianza sin limites, que todos habrian seguido al campo de batalla y que se obstinó en una inaccion cuyo resultado fué la capitulacion que conocemos, no puede seguramente aspirar á nada mejor que al olvido.

Pero dejando ya la política, que forzosamente invade nuestras crónicas, utilicemos el espacio que nos queda libre para dar á nuestros lectores algunas noticias.

La primera y principal es la que se refiere á la organizacion de una caravana que se propone hacer un viaje por todo el mundo.

No se puede ofrecer perspectiva mejor á los que se preocupan demasiado con los sucesos políticos.

Noches pasadas el inteligente ingeniero M. Bayerque hizo en el Gran Hotel una conferencia sobre este proyecto de viaje colosal, cuyo breve resumen publican los diarios parisienses.

La idea general que ha inspirado á M. Bayerque, ha sido la siguiente:

Los puntos del globo que se hallan privados de esas comunicaciones rápidas por medio del vapor, que existen entre los continentes y entre la mayor parte de los pueblos, son justamente aquellos que mas abundan en riquezas de todo género por explotar todavia.

Las fuerzas de un hombre solo no podrian bastar para superar tantos obstáculos y peligros como necesariamente se han de hallar en tales regiones; pero doscientos hombres bien resueltos, provistos de todo cuanto hace falta, pueden sin temor alguno emprender esa expedicion de descubrimientos en cualquiera parte que sea.

Los doscientos hombres se han encontrado ya, y se pondrán en marcha á principios del próximo noviembre.

La primera determinacion que se ha tomado ha sido la de pedir la proteccion colectiva de todos los gobiernos, proteccion que podrá ejercerse mediante los agentes diplomáticos y consulares.

La caravana se encaminará en derechura á Colombia.

Tenemos á la vista el itinerario, y vemos que se ha fijado de manera que los viajeros puedan pasar los meses de diciembre, enero, febrero, marzo y abril en la América del Sur; mayo y junio en la Nueva Bretaña; julio, agosto y setiembre en la Union, y octubre y noviembre en Méjico y en la América central.

De aquí, regreso á Paris, donde se tomará la caravana tres meses de descanso para preparar la relacion del primer año de viaje, y despues se emprenderá otra vez la expedicion, que recorrerá estos paises:

Portugal, España, Francia, Inglaterra, Escocia, Bélgica, Holanda, Noruega, Rusia, Egipto, Abisinia, Zanguebar, Mozambique, Australia, Singapor, Cambodge, Siam, China y Japon.

Otro descanso; y por último, la caravana visitará Bengala, Ceilan, golfo Pérsico, Arabia, Grecia, Turquía, Tunez, Italia, Austria y Suiza, volviendo á Paris.

La reunion que asistió á la conferencia de M. Bayerque, en el salon del Gran Hotel, fué numerosa y escogida, distinguiéndose en ella la diplomacia extranjera y francesa, que despues de felicitar al intrépido ingeniero por su proyecto, tan útil para los adelantos de la ciencia, le prometió su eficaz auxilio en todos esos paises, á fin de allanar las dificultades y tropiezos que seguramente se habrán de encontrar en tan gigantesca correria.

Las demás noticias son de teatros, y por cierto poco interesantes.

Las empresas teatrales de Paris se hallan en la actualidad en tan mal estado, que si no hubiera influido el gobierno, es de creer que á estas horas se habrian cerrado ya los pocos teatros de primer orden que dan funcion ante un público ausente.

Se han organizado algunas compañías, que recorren las ciudades de provincia, desempeñando las principales novedades estrenadas en Paris en la última temporada.

Naturalmente, en esta exhibicion veraniega, no podia menos de ocupar el primer lugar la famosa pieza de Sardou, *Rabagas*, cuyas representaciones se continúan en el Vaudeville, á pesar de lo que dejamos apuntado, esto es, de la falta casi completa de espectadores.

Pero es el caso que el personaje ridiculizado por Sardou, y que tanto divierte en Paris, no produce el mismo efecto en las provincias.

Por ejemplo, en Burdeos no se ha podido dar mas de dos noches, y eso entre gritos, silbidos y protestas, que elevaron la ejecucion de la demasiado célebre comedia á la altura de un acontecimiento político. La autoridad tuvo que tomar medidas de orden, y sin embargo de que la

tropa y los guardias municipales tenían sitiada la plaza del teatro, este fué invadido por el pueblo en la segunda representación, y por fin se negó el pase á las funciones siguientes.

En otras ciudades ha habido tambien demostraciones contra la caricatura de M. Sardou, y por lo tanto es de creer que no será tan fructuosa como en Paris su carrera en provincias.

MARIANO URRABIETA.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 1,017).

La tribu real de los hunos fijó su residencia en las inmediaciones del Danubio, como un vigia, una centinela alerta para espiar lo que ocurría al otro lado. Todos los años el palacio de tablas de sus reyes dió un paso hacia adelante, poniéndose poco á poco en contacto con el imperio romano.

Los hunos en semejante situación y como no cultivaban, pronto destruyeron el poco cultivo que habían encontrado, y por consiguiente no podían vivir sin recibir de los romanos trigo y dinero, ó sin robar sus tierras. Preciso fué pues que Roma los tomase por su cuenta, y la sirvieron muy bien. Los hunos representaban entonces una especie de imperio sin orden, pues no se veían mas que hordas separadas, reinos distintos y jefes casi independientes reconociendo apenas un lazo federativo. Si el uno amenazaba de invadir alguna provincia romana, otro proponía al momento al emperador tropas auxiliares para defenderla.

La debilidad de la union federal se notaba sobre todo entre los dos grupos de la dominación de los hunos. Los hunos blancos y todas las hordas del mar Caspio que no habían seguido á Balamir, querían gobernarse á sí mismas, hacer la guerra y la paz á su fantasía, sucediendo lo mismo con las tribus que, bien que pertenecientes á los hunos negros, se habían detenido cerca de los límites de la Europa sin ir mas lejos.

La política romana, muy diestra en esta clase de trabajos, hacia cuanto podia, daba dinero y promesas, tratando de fundar sólidamente una alianza con los hunos orientales para contener á los del Danubio. La misma tribu real no tenía unidad, y sus miembros obraban cada uno por su lado. La terrible voluntad de Atila fué la que les impuso esa unidad de acción, como el primer paso hacia la formación de un imperio unitario.

Teodorico, que tenía por sistema tener en jaque á los auxiliares bárbaros unos contra otros, se valió de los hunos para contrabalancear á los godos, cuya fuerza temía. Sus hijos siguieron la misma política, pues vemos en 405 un cierto Uldin, rey de los hunos, sirviendo á Honorio contra las bandas de Radageso, y decidir por medio de una intrépida carga de su caballería la victoria de Florencia.

Uldin merecía ya el aprecio de Arcadio, despues que le envió bien empaquetada la cabeza del godo Gainas, general romano, que se había insurreccionado contra su emperador y que se refugió de la otra parte del Danubio.

Los hunos, siempre que tenían que medir sus fuerzas con los visigodos, parecía que sentían doblarse sus esfuerzos; por manera que ayudados por las dificultades y embarazos en que se hallaba el imperio, se aumentaron las huestes de los hunos, ascendiendo estas á sesenta mil hombres durante la regencia de Plácida.

Merced á ese estado de cosas que hacia afluir el dinero á su tesoro, se vió que los reyes hunos trataron bien un país que les engordaba mas con la paz que por medio de los saqueos parciales, y así es que se condujeron bastante pacíficamente durante los cincuenta primeros años de su establecimiento en las orillas del Danubio.

Sin embargo, si bien es verdad que el imperio romano pudo sustraerse por de pronto de la acción directa de los hunos, no pudo evitar el resultado de los desórdenes que produjeron en la frontera Norte su llegada y sus guerras. El valle del Danubio sobrecargado de tribus bárbaras que se cruzaban en sus marchas y correrías, chocaban entre sí y se atacaban con bastante frecuencia.

En medio de todos esos choques, se formaban dos especies de corrientes en sentido opuesto. La una se dirigió por los Alpes de la Iliria hacia Italia, que puso en mucho aprieto á Roma en 405; y la otra subió por las orillas del Danubio para lanzarse sobre las Galias.

Esta última emigración había sido promovida por los alanos, que se separaron de los hunos, y por consiguiente tenían su cólera. Las hordas de alanos removían á su paso los pueblos que encontraba á lo largo del río, obligándoles á incorporarse con ellas. Ese

ejército de pueblos invadió las Galias el último día del año de 406, y despues de haberlas llenado de ruinas por espacio de cuatro años, pasaron á España, repartiéndose la entre sí.

Tal ha sido una de las consecuencias de la llegada de los hunos para el imperio de Occidente; pero aun no fué la mas funesta.

Los hunos seguían avanzando y ocupando el territorio que dejaba libre la emigración, de modo que pronto colocaron sus tiendas en la parte media del Danubio. Cuando se vieron allí, sus avanzadas no tardaron en hacer conocimiento con las naciones germánicas que habitaban el país montañoso del Rin.

Los historiadores cuentan una aventura bastante curiosa sobre ese hecho que interesa sobre todo á los franceses, porque es concerniente á uno de los pueblos cuya sangre está enlazada con la de los franceses, es decir, el pueblo de los burgondos ó burguñones.

Ese pueblo habitaba antes los países del Mein, en donde vivía cultivando la tierra y de lo que ganaba trabajando como obreros en las ciudades romanas fronterizas. Una parte de esas tribus se había separado de las otras en 407 ó 408 dirigiéndose á las Galias, en donde había logrado del emperador Honorio un acantonamiento en la Helvecia: la parte que no había dejado el territorio de sus padres era el mas débil, de modo que los hunos cometieron sus primeros saqueos en ella.

Cuando menos se pensaba, los pueblecillos burgondos se veían quemados, sus cosechas robadas, las mujeres cautivas; siendo de advertir que el rey Octar, que dirigía esos saqueos, marchaba y volvía á presentarse al cabo de poco tiempo. Los burgondos trataron de resistir, pero fueron derrotados.

En ese tiempo obedecían á un gobierno teocrático, compuesto de un gran sacerdote inamovible, llamado *sinisto*, y de reyes electivos y amovibles segun la voluntad de la asamblea del pueblo, ó mas bien la del gran sacerdote. Si el ejército burgondo sufría algun revés, si el año había sido malo, ó si algun azote natural caía sobre la nación, entonces esta asamblea destituía al momento á los reyes que no se habían captado la voluntad del cielo: así lo exigía la ley.

Fácilmente se comprende que los burgondos no perdonaron á su rey en las circunstancias á que nos referimos; pero aun hicieron mas, puesto que echaron abajo á su gran sacerdote. Despues de haber deliberado maduramente, resolvieron dirigirse á un obispo romano para obtener por medio de él el auxilio del gran Dios de los cristianos, pues ellos tenían la persuación que sus divinidades eran débiles ó no tenían el suficiente poder contra la raza infernal que les atacaba.

El obispo les respondió que el medio de alcanzar lo que pedían era el de recibir el santo bautismo.

— Permaneced aquí, les dijo, ayunad siete días, y yo os instruiré y os bautizaré.

En efecto, al sétimo día los bautizó. Algunos creen que entonces recibió el bautismo todo el pueblo de los burgondos trasrhinianos; pero esto es poco probable, y es mas que regular que ese hecho se pasó entre el obispo y los principales jefes que fueron bautizados en nombre de todo el pueblo. Sea de esto lo que fuere, el medio fué coronado de buen éxito.

Revistiéndose de valor los burgondos contra los demonios, se creyeron invencibles, y así es que atacaron inmediatamente á los hunos y los derrotaron con fuerzas mucho mas inferiores. El rey Octar murió repentinamente por la noche despues de haber salido de una orgia, y los burgondos vieron en ese suceso la mano del nuevo Dios que les protegía.

Ese Octar de quien acabamos de hablar era hermano de Munzikh, padre de Atila, y tenía otros dos hermanos, Oebarso y Rua, jefes soberanos como él, por manera que esta familia de sangre real tenía bajo sus órdenes la mayor parte de las hordas de los hunos.

Rua era un jefe capaz y decidido; y por su amistad con el patrio romano Aecio, que había guardado en rehenes, llegó á enterarse de los asuntos interiores de Roma de un modo mas que incómodo para los emperadores.

Rua, que sabía tomar á dos manos, se había hecho dar por el augusto de Oriente, Teodosio II, una renta anual de trescientas cincuenta libras de oro que él calificaba de *tributo*, y á la que este último daba el nombre mas decente de *suelto*, fundándose en que habiendo recibido Rua un despacho de general romano, era por esa misma razon oficial del emperador, quien era libre de marcarle el sueldo ó gratificación que quería segun su mérito: tales eran los sofismas con que la corte de Bizancio trataba de disimular su cobardía.

En cuanto á los generales romanos á la manera de Rua, persuadidos de que su principal mérito era el de hacer miedo, se valían de ese miedo á sus anchuras, logrando siempre un aumento de sueldo. Rua pretendía restablecer en principio, con respecto al imperio, que todo lo que se hallaba á la orilla setentrional del Danubio, tanto las tierras como los habitantes, pertenecía á los hunos, así como al Mediodía pertenecía á los romanos; que aquel era su dominio y su país legítimo, en el que nada tenía que ver ningun otro pueblo. Tres ó cuatro tribus ultra-danubianas ajustaron por aquel tiempo un tratado de alianza ofensiva ó defensiva con la corte de Bizancio; pero luego que lo supo Rua se quejó amargamente y amenazó que cogería las armas.

Al momento le enviaron dos diputados para entrar en explicaciones; pero en ese intervalo, en 434 ó 435, murió Rua, dejando su trono en las manos de sus dos sobrinos Atila y Bleda: estos fueron los dos reyes que recibieron la embajada romana.

La conferencia se tuvo en un llano á la derecha del Danubio, en la embocadura del río Morawa y cerca de la ciudad romana de Margus: los hunos llegaron á caballo, y como no quisieron apearse, preciso les fué quedar tambien á caballo los embajadores romanos, por no faltar á su dignidad. Estos últimos oyeron allí un lenguaje que no dejó de inquietarles un poco para en lo sucesivo.

La ruptura inmediata de la alianza con las tribus danubianas, la extradición de los hunos grandes ó pequeños, es decir, de mayor ó menor categoría, que llevaban las armas ó que se habían refugiado en el imperio del Oriente, el reintegro de los prisioneros romanos que se habían evadido sin pagar su rescate del pago de ocho piezas de oro por cada uno de ellos, el empeño formal de no recurrir á ningun pueblo bárbaro hostil á los hunos, en fin, al aumento del tributo de trescientas cincuenta libras de oro á setecientas: tales fueron las cláusulas del tratado propuesto ó mas bien exigido por Atila.

A las objeciones de los enviados, y á las mínimas demandas de explicación, el rey huno solo contestaba con la palabra: «¡La guerra!» Los embajadores, que conocían bien á su emperador, dispuesto á todo menos á la guerra, se creyeron autorizados para prometer todo lo que les pedían. En fin, se prestó juramento por una y otra parte á la manera de su país.

Así, pues, se ajustó el famoso tratado de Margus, que Atila invocará con frecuencia en lo sucesivo, y que le sirvió de arsenal para batir el imperio romano por medio de la política, cuando no le atacaba con las armas en la mano.

Los romanos, por prueba de su fidelidad religiosa en cumplir los tratados, se apresuraron á entregar dos príncipes de sangre real que se habían refugiado en su territorio, hijos de Mama y de Alacam, personajes de distinción entre los hunos. Atila, luego que los tuvo en su poder los mandó crucificar á la vista de los que los condujeron, inaugurando así su reinado.

Atila era hermano menor de Bleda; y aunque reinaban mancomunadamente, el cetro se hallaba de hecho en manos del mas joven, que tenía entonces unos treinta y cinco á cuarenta años.

El nombre de Atila ó *Athel* que llevaba el hijo de Munzikh, y que no es otro que el antiguo nombre del Valeja, ha dado motivo para pensar con algun fundamento que había nacido en las orillas de ese río. De todos modos allí fué donde aprendió á hacer la guerra, y allí conoció al joven Aecio.

Probablemente, y en virtud de lo que se practicaba entre la barbarie y la civilización, mientras que Aecio trataba de instruirse haciendo la guerra entre los hunos, Atila hacia lo mismo entre los romanos, estudiando los vicios de aquella sociedad, así como el cazador espía los movimientos del animal que quiere matar: allí estudió, pues, y se hizo cargo de la debilidad del elemento romano y la fuerza del elemento bárbaro en los ejércitos, la falta de resorte moral en los vasallos, en una palabra, se hizo cargo de todo lo que supo aprovecharse mas tarde, y que sirvió de palanca á su audacia y á su genio.

El y Aecio permanecieron unidos, y entre ellos hubo una especie de amistad que se manifestaba por pequeños servicios y algunos regalillos que se hacían mutuamente.

El romano enviaba al huno sus secretarios latinos, y sus intérpretes, y el huno le enviaba en cambio algun objeto curioso, algun reló deforme y risible: un día le envió un enano. Esos dos hombres se apreciaban y se temían secretamente, como dos rivales que preveían que la suerte de las armas debía ponerles un día en presencia uno de otro.

La historia nos ha dejado el retrato de Atila. Era un hombre pequeño y ancho de pecho, tenía la cabeza grande, los ojos pequeños y hundidos, la barba poco poblada, la nariz chata, color casi negro; su cuello muy tieso ó mas bien inclinado hacia atrás, y su mirada inquieta y curiosa al mismo tiempo, daban á su aire algo de fiero é imperioso.

Si alguna cosa le irritaba, su semblante se arrugaba, y sus ojos echaban chispas, á tal punto, que nadie se atrevía á acercarse á él. Sus palabras, y hasta sus actos llevaban el carácter de una especie de énfasis calculada; no amenazaba sino con términos que ateraban; cuando invadía y quería hacer daño, era mas bien por destruir que por robar, y cuando mataba era con el objeto de dejar miles de cadáveres sin sepultura para que los viesen los transeúntes.

Por otra parte se mostraba afable con los que sabían someterse, oía las súplicas, era generoso para con sus criados, y juez íntimo para con sus vasallos. Su vestido era sencillo, pero muy decente; su alimento se componía de carne sin condimento, y se le servía en platos de madera; en fin, su vida modesta y frugal contrastaba con el lujo que le gustaba ver cerca de él.

(Se continuará.)

2281 DE NOTISODXE



LA DISPUTA.

Cuadro por M. Kæmmerer.



Panorama de la ciudad de Lyon, visto de la colina de Fourvières.





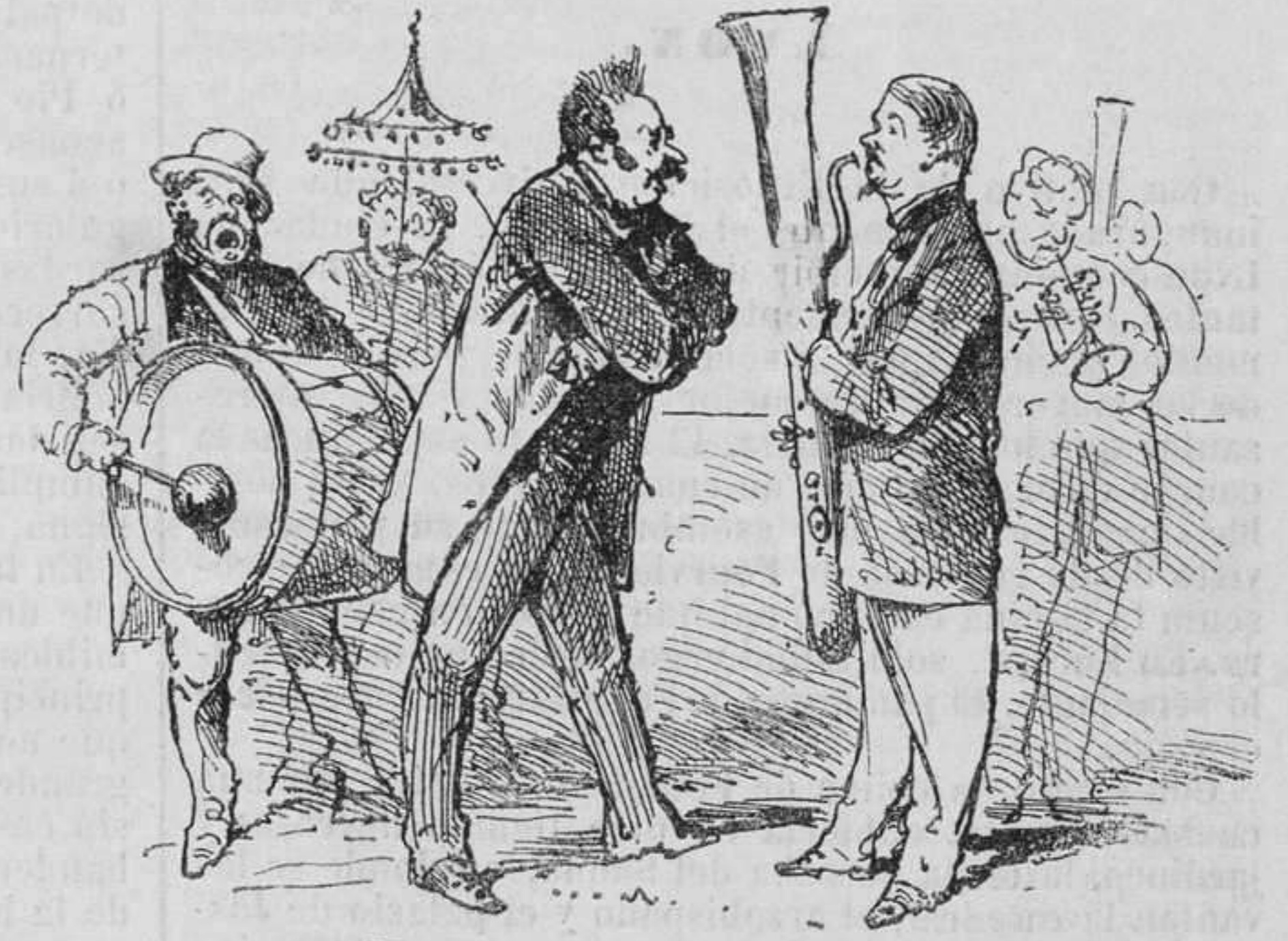
Contra la obediencia pasiva.

— No es eso, no mira Vd. la partitura, no sigue Vd. el compás.
— Sigo el compás que se me antoja. No porque soy músico he de ser esclavo.



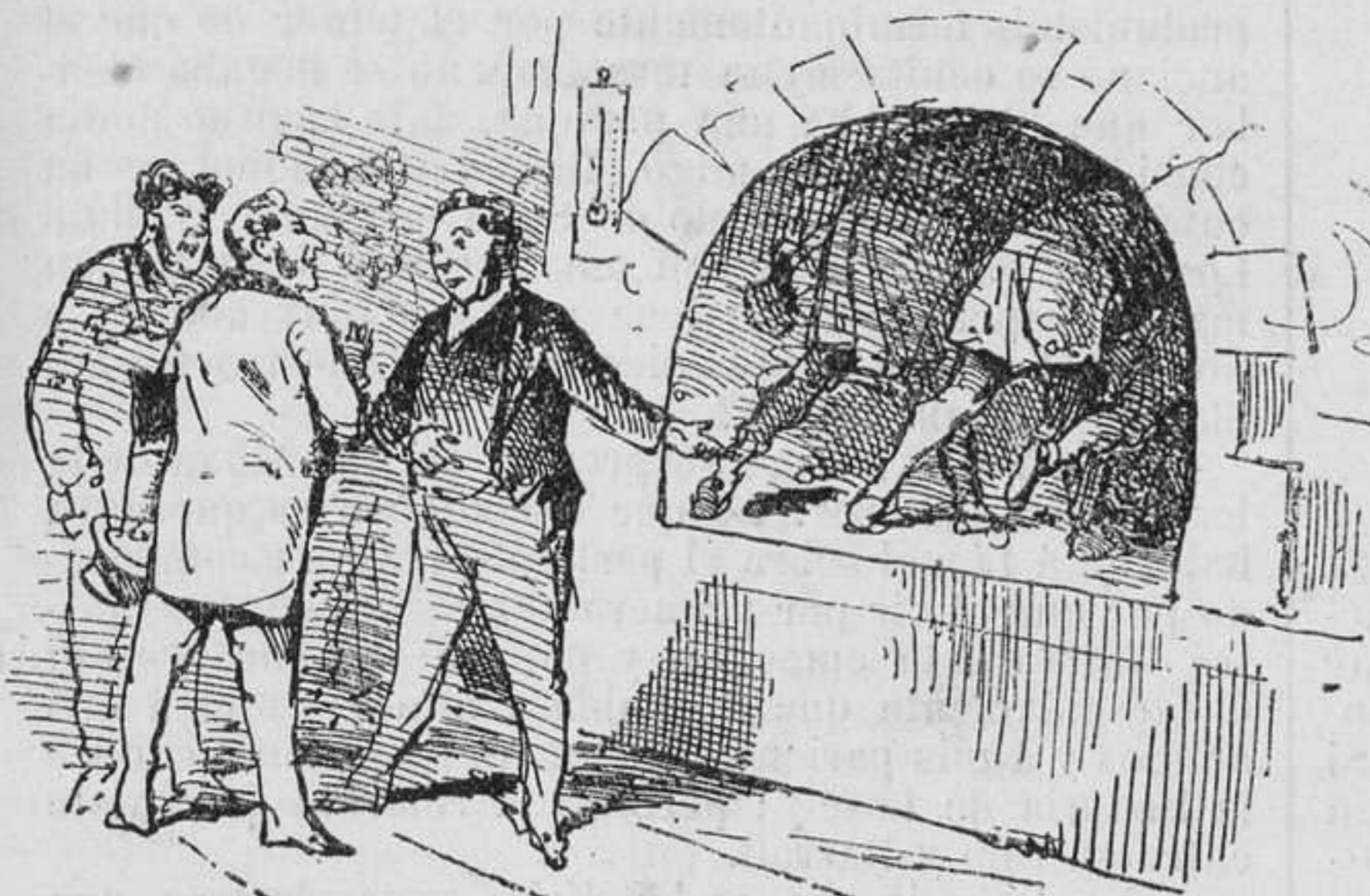
Contra la obediencia pasiva.

— A la voz de : ¡Armas al hombro! contesto yo : ¡Descansen! porque así me agrada.

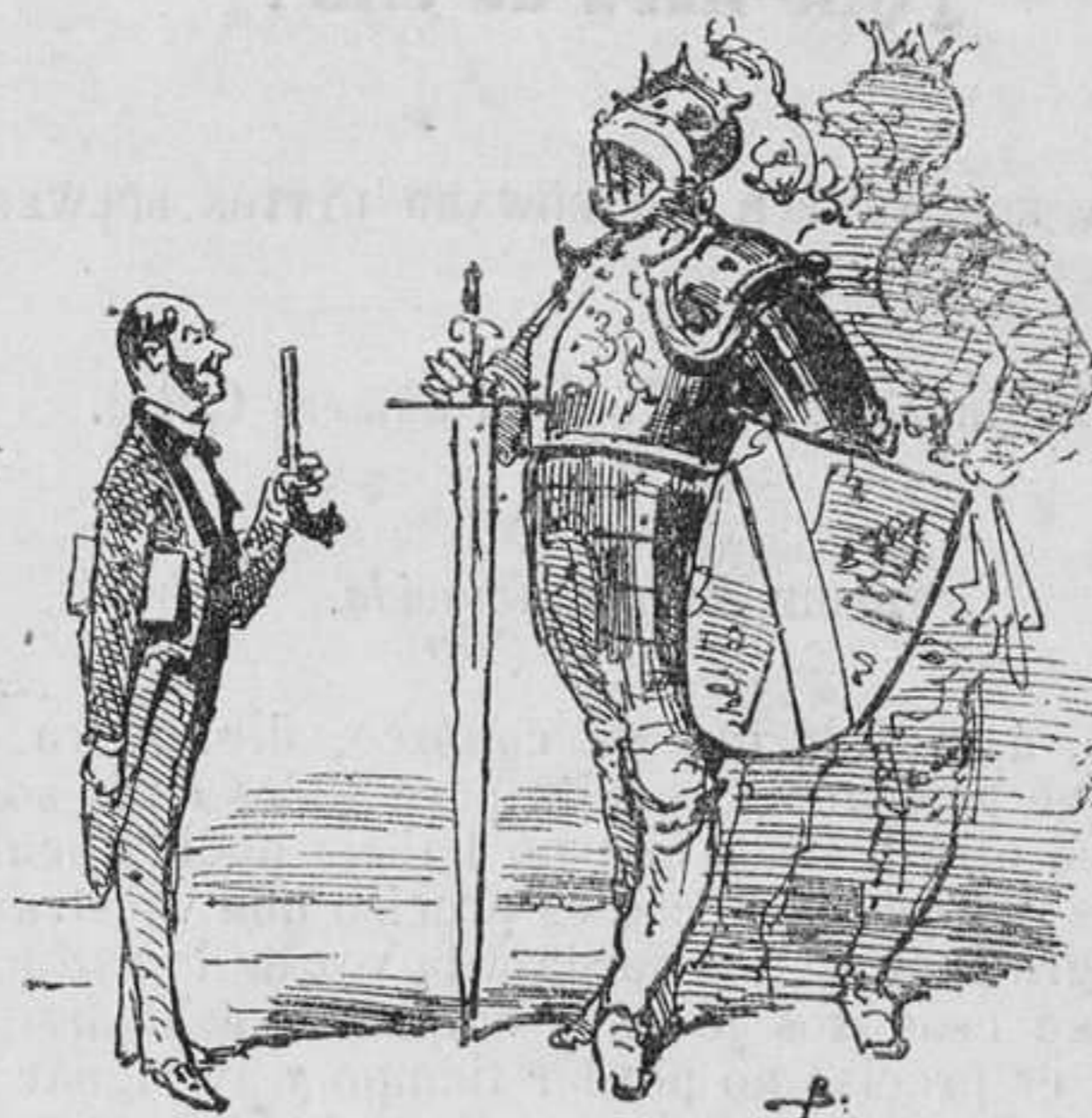


Contra la obediencia pasiva.

— Hay que dar un *la*, no un *fa*, señor mio.
— A mí me parece preferible el *fa*, y creo que las opiniones son libres.

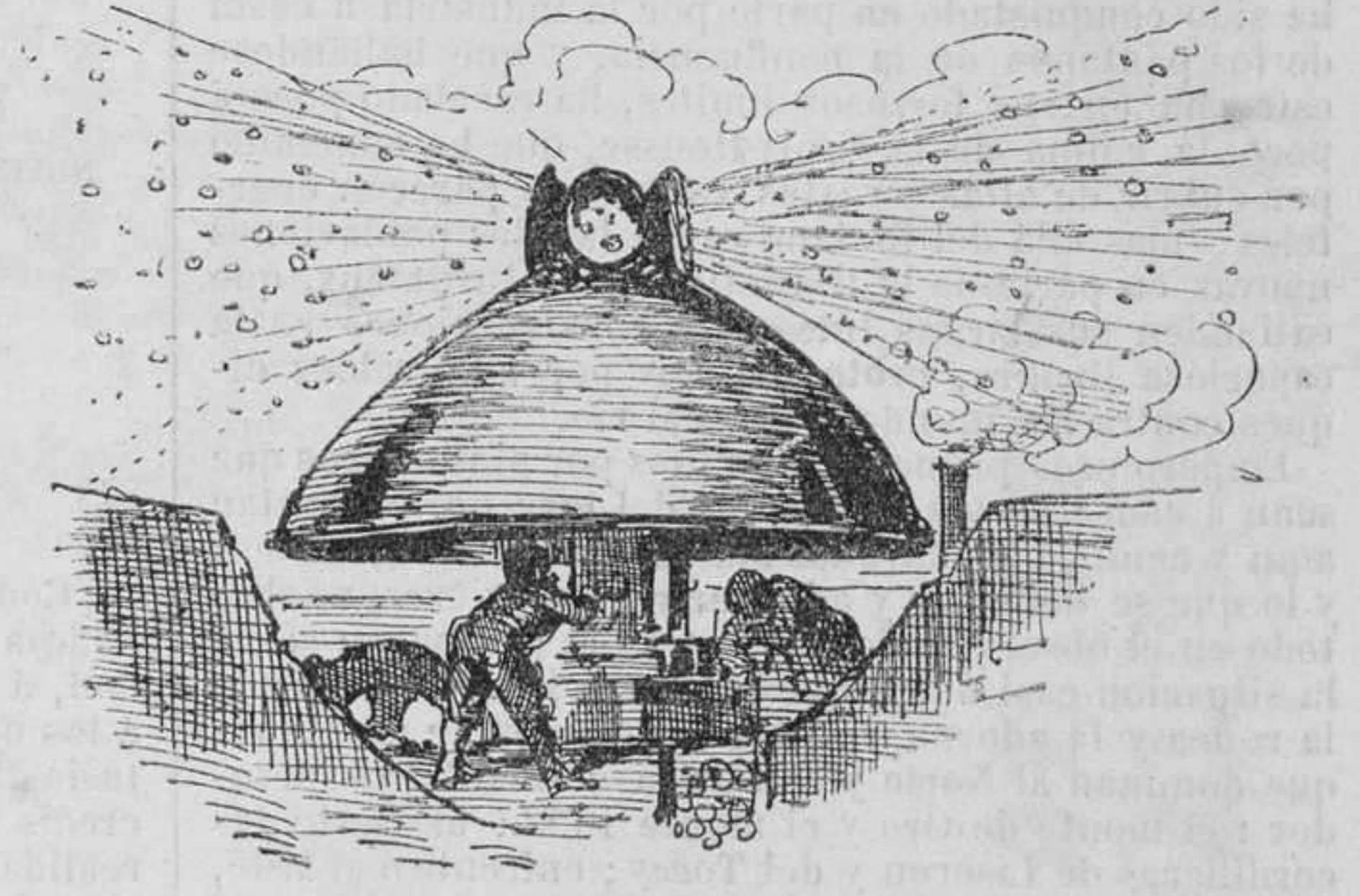


— Tomen Vds. la primera bóveda á la derecha, y llegarán á la presidencia.
— Gracias, está eso demasiado oscuro.



Cuestion militar.

— Es perder tiempo empeñarse en formar soldados, cuando se sabe que un abogado cualquiera con un revolver se burlaría de Duguesclin, de Bayardo y de los Doce Pares.

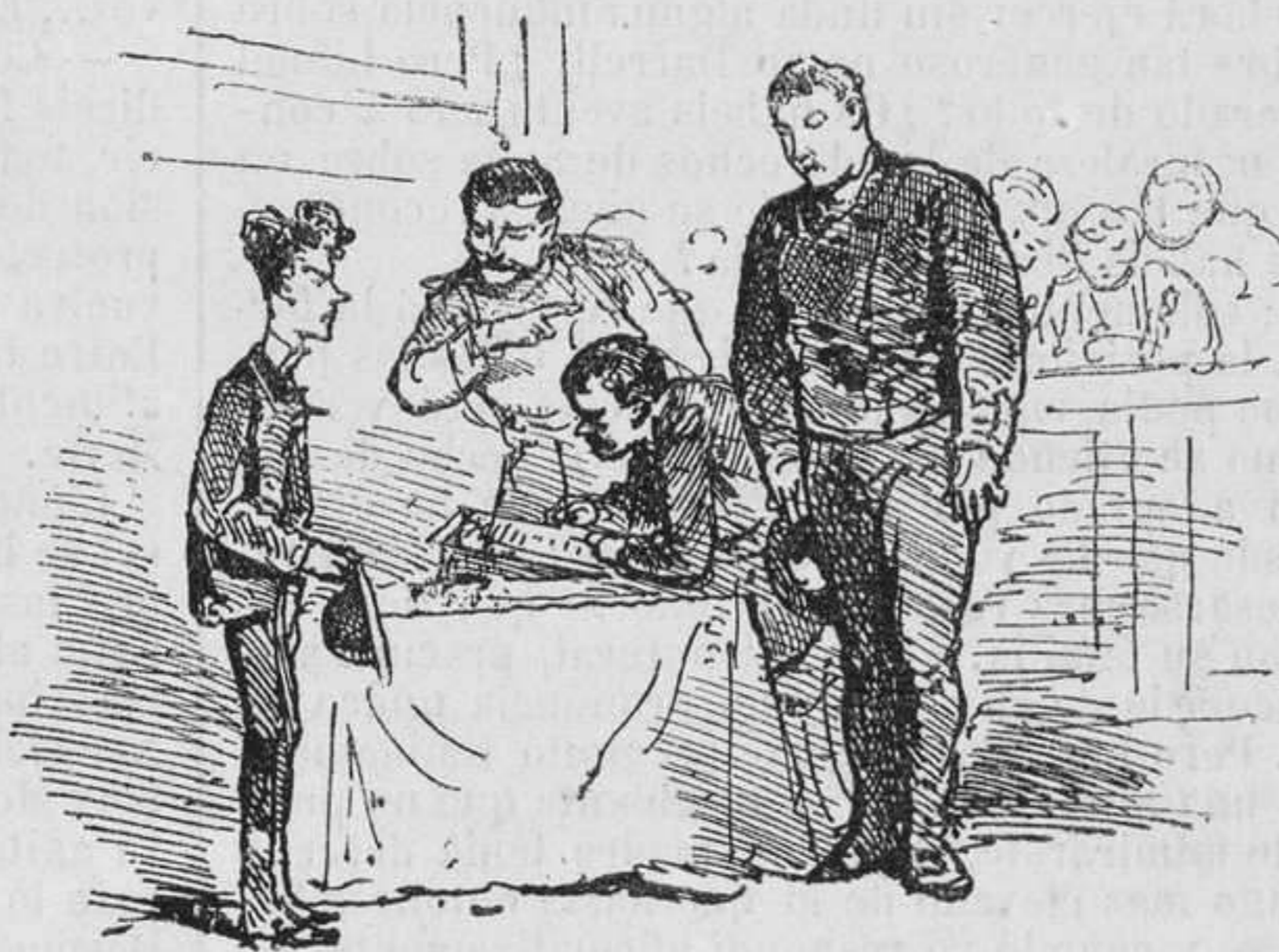


Cuestion militar.

No hay mas que descubrir la máquina hidro-eléctrica de vapor á chorro continuo para destruirlo todo á 50 kilómetros de distancia, y se economizan miles de soldados.

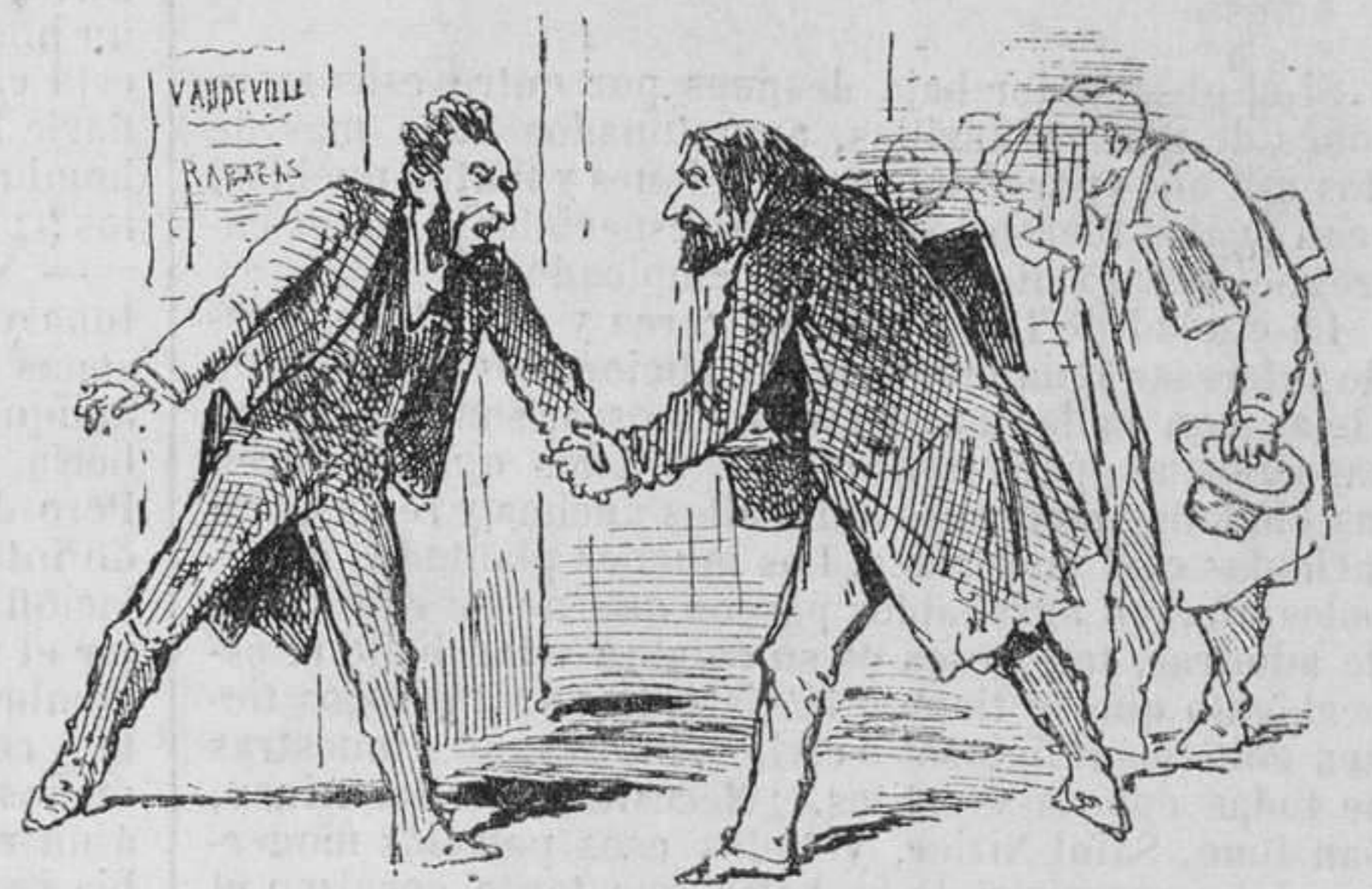


— Señora, todo lo que Vd. dice está muy bien; pero el cocinero manda en la cocina.



Servicio militar.

— El señorito paseante en corte no pasará en las filas mas de seis meses, porque para nada nos servirá; pero lo que es ese moceton, no le soltaremos antes de cinco años.



Los teatros.

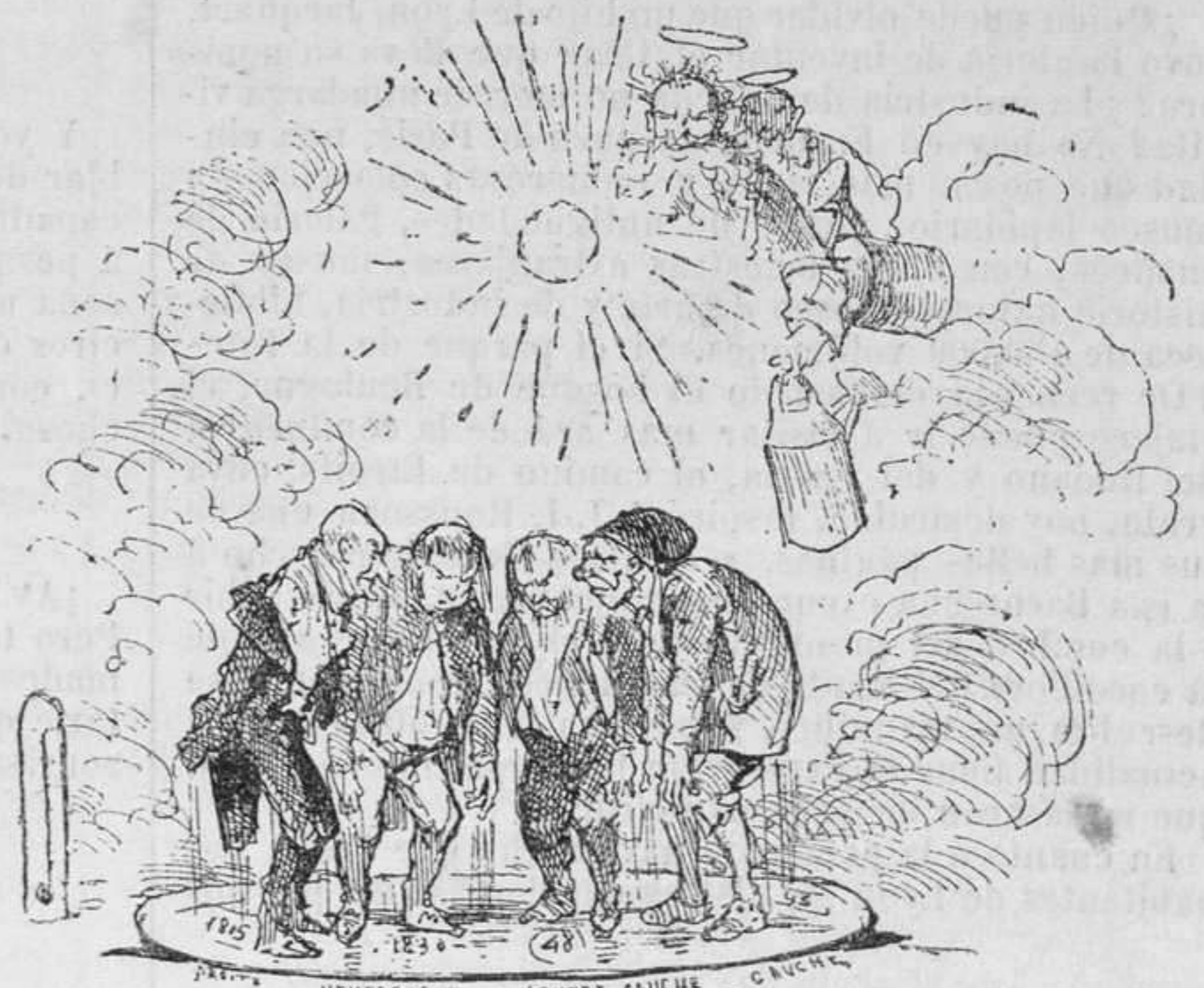
— Con estos calores Vd. no tiene gente en el Vaudeville; pero nosotros en el teatro de Versailles estamos que no caemos.



— Gracias, amigo; con la nueva invencion la Europa estará en grande. Cada cual podrá matar á su vecino, y no habrá excepciones.



— Señores extranjeros, vuelvan Vds. otro dia con sus proyectos de empréstitos, que todo se necesita para el empréstito francés de 3,000 millones.



Los buenos santos Medard y Gervasio dejan sus regaderas, el sol generoso viene en auxilio de la Francia. ¡Quiera Dios que produzca la union de los partidos!

LYON.

Con motivo de la Exposición Universal que será inaugurada oficialmente el 7 de julio, la ciudad de Lyon comienza á recibir un crecido número de visitantes. Independientemente del gran atractivo del momento, la ciudad por sí sola lo merece, porque es una de las mayores, de las mejor situadas y más interesantes que hay en Francia. El autor de estas líneas la conoce desde hace más de cuarenta años. No es posible imaginar nada más asombroso que su panorama visto desde la colina de Fourvières, tal como le representa la lámina excepcional que damos en este número. En Europa, solo Edimburgo, ofrece un espectáculo semejante. El panorama de Fourvières merece hacer el viaje.

Con efecto, la colina de Fourvières domina por una cuesta abrupta, cubierta en otro tiempo de casas y jardines, la orilla derecha del Saona, en donde se levanta la catedral, el arzobispado y el palacio de Justicia. La izquierda tiene muchos puentes; entre dos muros de piedra sale más allá de los arrabales de Vaise y de Serin por un angosto desfiladero que dominan escaleras de casas y de fortalezas; sobre la derecha baja lentamente hacia el río impetuoso que se dirige al Mediterráneo: entre el Saona y el Ródano está la ciudad de Lyon propiamente dicha, cuyo suelo ha sido conquistado en parte por la industria á costa de los pantanos de la confluencia, y que hallándose estrecha en sus forzosos límites, ha escalado poco á poco la colina de la Croix-Rousse, que ha concluido por cubrir de altas y vastas casas que parecen cuarteles; más allá del Ródano están las dos poblaciones nuevas en parte de la Guillotiére y de Brotteaux, que extienden sus largas líneas de construcciones en la espaciosa llanura, protegida hoy por admirables diques contra las inundaciones del río.

Empero esos primeros términos por pintorescos que sean á causa de los accidentes del terreno, presentan aquí y acullá á las miradas masas demasiado grandes; y lo que se debe ver y admirar en Fourvières, y sobre todo en el observatorio Gay, no es la ciudad en sí, es la situación casi única que ocupa, es la naturaleza que la rodea y la adorna, son las cordilleras de montañas que dominan al Norte y al Sur la colina del observador: el monte de Oro y el monte Pilat; al Oeste las cordilleras de Liseron y del Torey; enfrente ó al Este, los Alpes del Delfinado y de la Saboya, sobre los cuales brilla cuando el tiempo está claro, la cordillera deslumbradora del Monte Blanco. Tiene uno tentaciones de exclamar como Casimiro Delavigne, en el Havre, su ciudad natal, que le inspiraba un entusiasmo excesivo:

Après Constantinople il n'est rien d'aussi beau (1).

Si el observador baja despues por entre esos montones de pardos ladrillos, amontonados hace más de dos mil años por tantas generaciones y tantos pueblos, sean cuales fueren los estudios especiales á que se entregue, pasará días muy bien empleados.

La ciudad de Lyon vista de cerca y en detalle, puede interesar igualmente á los aficionados á ciudades viejas con calles angostas, tortuosas, sombrías y casas ruinosas, pero pintorescas, y á los que prefieren las ciudades modernas con calles anchas y rectas, con fachadas casi uniformes. Los muelles plantados de árboles ofrecen agradables paseos que no se cansa uno de admirar, tan fresca es su sombra y tan bello el espectáculo que se tiene á la vista. Los arqueólogos tienen edificios religiosos ó civiles, interesantes muestras de todas épocas y estilos. ¿Necesitamos citar Ainay, San Juan, Saint-Nizier, y todos esos palacios modernos del comercio y de la bolsa que tanto ensalzan el talento de M. Dardil? Y los establecimientos de beneficencia ¿no son dignos también de un estudio especial por sus recuerdos históricos como por sus mejoras contemporáneas?

¿Quién puede olvidar que un hijo de Lyon, Jacquart, tuvo la gloria de inventar el telar que lleva su nombre? ¿La industria de la seda no merece una larga visita? No hay en Francia, despues de París, una ciudad que posea mas ricas y numerosas colecciones: museo lapidario, museo de antigüedades, galería de cuadros, con obras maestras extranjeras, museo de historia natural, museo de arte y de industria, biblioteca de 150,000 volúmenes. Si el parque de la Tête-d'Or recuerda demasiado el bosque de Boulogne, el viajero puede ir á visitar más acá de la confluencia del Ródano y del Saona, el camino de Etroits, cuya gruta, hoy destruida, inspiró á J.-J. Rousseau una de sus más bellas páginas, y despues de haber hecho á la isla Barbe una excursión arqueológica, puede subir á la cumbre del monte Verdun, el punto más alto de la cordillera del Monte de Oro lionés, desde donde se descubre un magnífico panorama. Por último, en la actualidad tiene la Exposición Universal internacional que retrasaron los sucesos políticos.

En cuanto á la población hay mucho que decir. Los habitantes de Lyon se distinguen demasiado por sus

dos colores rojo ó blanco, y verdaderamente carecen de patriotismo, pues prestan obediencia ora á la Internacional, ora al Vaticano. Sus jefes son Karl Marx ó Pio IX. Si fuera más instruida y estuviera mejor aconsejada, sin renunciar á sus aspiraciones sociales ó á sus creencias religiosas, se sometería con más regularidad á las leyes nacionales. De aquí esas luchas sordas ó declaradas que muchas veces producen insurrecciones. Desgraciadamente la clase intermedia, la clase más ilustrada y menos apasionada que podría unir por medio de lazos comunes esas dos clases tan divididas, no tiene el valor suficiente para cumplir con su deber social. La abstención es su consigna, su regla de conducta.

En las circunstancias actuales la abstención es más que una falta, es un crimen, cuyas consecuencias terribles é inevitables si se prolongaran, perjudicarían principalmente á esa clase media ciega é indiferente que no sabe comprender y se niega á desempeñar el grande y noble papel que les corresponde. Esperemos, sin embargo, que en Lyon como en toda Francia, la bandera tricolor acabará por triunfar completamente, de la blanca y de la roja.

A. J.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,017).

JORGE, muy conmovido.

¿Cómo, á medida que os conozco, deslumbra esa belleza que permanecía oculta para todos en la sociedad, á esa otra belleza que no habeis podido ocultar á los ojos del mundo! Pero es preciso que vuestra entusiasta gratitud no sea sorda á la voz de la razón. Si creéis que esos dos jóvenes empiezan á amarse en realidad, es preciso no perder tiempo y averiguar cómo mirará Darrell un enlace semejante. Por mi parte yo no creo tan seguro como vos su consentimiento. De cualquier modo es preciso asegurarse bien acerca de este punto antes de comprometer seriamente su felicidad. Creo como vos, que nadie puede interceder mejor en favor de Sofia que Lionel, y que su generosidad por anteponer á los suyos los derechos de esa niña á una fortuna que en otro caso debía pertenecerle, deberá ejercer sin duda alguna influencia sobre un hombre tan generoso como Darrell. ¿Pero Lionel está enterado de todo? ¿Os habeis aventurado á confiarle la naturaleza de los derechos de Sofia sobre un hombre que tan orgullosamente se niega á reconocerlos? ¿Le habeis dicho algo á ella?

— No; solamente la he dicho que respecto á la fortuna y á la posición social, era igual á todas las personas que podía encontrar aquí. Y esto será verdad aunque no se atiende más que al mero hecho de haberla yo adoptado por hija. Nada más la he dicho. Pero desde que ha vuelto á ver á Lionel ha demostrado interesarse más respecto de todo lo que tiene relación con su familia. Como es natural, procura alejar el recuerdo de su padre y no pronuncia nunca su nombre. Pero hace dos días me preguntó tímidamente y con una alteración en su semblante que no pudo menos de admirarme, si por su madre tenía derecho á un rango más elevado de lo que hasta entonces había creído, y cuando yo respondí afirmativamente, exclamó exhalando un suspiro:

« Mi abuelo no me ha hablado de ella nunca; él no ha visto nunca á mi madre. »

JORGE.

Y yo sospecho que á vos no os agrada mucho hablar de esa madre. Ciertas palabras que se os han escapado en diferentes ocasiones y que yo he escuchado á pesar vuestro, me hacen creer que no era una persona muy digna de vuestra estimación. Yo puedo decir que á pesar de mis pocos años, cuando la conocí, con toda su timidez, me pareció falsa y caprichosa.

LADY MONTFORT.

¡Ay! ¡cuánto debió sufrir! ¡entonces era tan joven! Pero teneis razón; yo no puedo hablar á Sofia de su madre. Es un asunto muy doloroso. Pero al manifestarle que algún día lo sabría todo, respondió con una sonrisa de resignación dulce y melancólica:

« ¿Cuándo mi pobre abuelo pueda oiros? Esperaré. »

JORGE.

Pero Lionel, con su viva inteligencia y su inquieta imaginación, ¿demuestra la misma paciencia? ¿No

sospecha la verdad? Vos le habeis dicho que meditais un proyecto que interesa á Guy Darrell y le habeis exigido la promesa de no hablarle de sus visitas á esta casa.

LADY MONTFORT.

Él sabe que el abuelo paterno de Sofia se llama William Losely, cuya historia le ha referido vuestro tío.

JORGE.

¿Mi tío Alban?

LADY MONTFORT.

Sí, el coronel conoció en otro tiempo al viejo Losely y ha hablado de él á Lionel con grande afecto. Parece que el padre de Lionel le conocía también, y le arrastró á sus propios compromisos pecuniarios. A los pocos días de venir aquí, me preguntó Lionel bruscamente si el verdadero nombre de Waife era Losely. Yo me vi en la precisión de confesarle que sí, rogándole que no me hiciera por ahora más preguntas. Entonces me dijo con viva emoción que tenía que pagarle á William Losely una deuda hereditaria, y que era la última persona que debía renunciar á creer en la inocencia del anciano con respecto al crimen, por el cual le había condenado la ley, ó juzgarle con rigor si no se probaba su inocencia. Recordareis el empeño con que quería asociarse á vos para descubrir el paradero de nuestro pobre amigo, hasta que vos se lo prohibisteis terminantemente por el temor de que el anciano se ocultase con más empeño si llegaba á saber que le buscaba una persona, á la cual no podía considerar como un amigo. Desde que Lionel se ha enterado de que el abuelo de Sofia se llama William Losely, mira á la niña con más ternura, la trata con mayor respeto. ¡Oh! ¡tiene un alma muy noble ese joven! ¿Pero no habeis oído nunca á vuestro tío hablar de William Losely?

— No. Y eso no me sorprende. Mi tío Alban evita los asuntos penosos. Lo que me admira es que haya hablado á Lionel sobre el particular. Ahora comprendo por qué al oír por primera vez mi nombre demostró Waife cierta emoción, y por qué me encargó tan encarecidamente que no hablase nunca de él á mis amigos y á mis parientes. De modo que Lionel conoce la historia de Losely; pero no la relación que existe entre su hijo y Darrell.

— No. Sabe lo que se ha dicho generalmente, que la hija de Darrell se fugó con un tal M. Hammond, de una posición inferior á la suya, y que murió dejando una hija, que la sobrevivió poco tiempo. Sin embargo, Lionel alimenta ciertas sospechas... El encargo que yo le he hecho de guardar ese secreto puede hacerle creer que los Loselys deben estar mezclados en la historia de la familia de Darrell. Pero ¡callad! Oigo su voz... Ellos vienen.

— Con que, mi querida prima, quedamos en que vos direis francamente á Lionel la verdad, ó por mejor decir, todo lo que nosotros sabemos, confiándole la misión de interceder en favor de Sofia con M. Darrell, su protector natural. Yo escribiré á mi tío rogándole que vuelva á Inglaterra y nos ayude en tan buena obra. Entre tanto voy á comunicar á Sofia la esperanza que alimento de descubrir á su abuelo con la ayuda de Merle.

Lionel y Sofia aparecieron en el momento en que el sol se hundía en el Occidente tiñendo de púrpura y de oro las nubes que brillaban encima de sus cabezas. Sofia al distinguir á Jorge se lanzó hacia él llena de emoción, y mientras Jorge la informaba de su viaje á Norwich y su entrevista con Merle, Lionel siguiendo á lady Montfort al interior de la casa, le suplicó con viva agitación que le permitiese confiar á su bienhechor todo lo que le había sucedido desde que se separaron. Despues con apasionado acento, declaró el amor que Sofia le había inspirado.

— Únicamente el respeto de la filial ansiedad que ella experimenta en este momento, me ha obligado á guardar silencio hasta ahora; pero mi corazón es suyo, y es tan intenso el amor que me domina, que sería el colmo de la ingratitud no confiar á mi generoso pariente un sentimiento que debe ejercer tan grande influencia en mi porvenir. Yo no puedo suplicar á Sofia que corresponda á mi amor, que escuche mis juramentos, que acepte mi mano, sin obtener primero, y estoy seguro de obtenerlo, el consentimiento del que es para mí mas que un padre.

— ¿Estais seguro de obtener ese consentimiento á pesar de la mancha que empaña el nombre del abuelo de Sofia?

— ¿Cuándo Darrell sepa que á no ser por la falta de mi pobre padre, ese nombre estaría libre de toda mancha? ¡Sí! Yo no soy el hijo de Darrell, el que ha de transmitir su nombre á la posteridad. Por parte de mi madre no tengo abuelos que puedan enorgullecerme, y vos me habeis confesado que la madre de Sofia era de una noble familia. Alban Morley me dijo la última vez que le vi, que Darrell desea que me case, y me deja libre la elección. No, yo no dudo del consentimiento de M. Darrell. Mi querida madre acogerá con bondad á la compañera que yo tanto he anhelado, y el hijo de Carlos Haughton tendrá en su casa un lugar preferente para el anciano William Losely. Levantad vuestra prohibición, mi querida lady Montfort, y confiadme lo que hasta ahora os habeis negado á reve-

(1) Despues de Constantinopla no hay nada tan hermoso.

larme, prometiéndome hacerlo cuando llegara el momento oportuno. Ese momento ya ha llegado.

— Si, ya ha llegado, dijo lady Montfort con solemnidad. Ojalá realice el cielo todas las esperanzas que yo concebí cuando adopté á Sofia como hija. No es á mí á quien debeis pedir la mano de la nieta de William Losely. Una doble razon os obliga á pedir á Guy Darrell su consentimiento y su bendicion. El solo puede concederos la mano de la hija de su hija.

Y llenando de admiracion á Lionel, Carolina Montfort explicó al jóven el parentesco que en su concepto unia al último de los Darrell con la nieta del convicto.

V.

Jorge Morley partió al dia siguiente para Norwich, en cuya antigua ciudad, desde que fué poblada por los dinamarqueses, han existido siempre magos, hechiceros ó astrólogos ejerciendo su profesion, leyendo en las estrellas, ó mirando en el cristal, perpetuando de ese modo á través de todos los cambios sociales de nuestro pais la antigua raza de Vala y Saga que vinieron con los Raven y los Valkyr de las riberas umbrías de la Escandinavia. La reserva de Merle desapareció con la carta de Sofia. El remendon dijo á Jorge que Waife le habia manifestado que llevaba mucho dinero; pero que á él, le gustaba una vida activa y vagabunda. Para poder seguir sus inclinaciones se habia armado de una cesta de buhonero, y pidió á Merle le aconsejara los géneros que debia vender y la eleccion del camino mas libre de vendedores.

Merle accedió gustoso á ayudar á Jorge en sus indagaciones con la seguridad de poder descubrir el paradero del vagabundo con el auxilio de su cristal. Pusieronse pues en marcha siguiendo los caminos de travesía que Merle, hombre de muy antiguos conocimientos en la respetable profesion de los buhoneros, habia aconsejado á Waife que siguiera; pero el astrólogo teniendo por desgracia mas confianza en su cristal que en la docilidad de Waife á seguir sus consejos, llevó al antiguo estudiante de Oxford como un fuego fátuo, de un lado para otro. Ya empezaba Jorge á impacientarse cuando Merle vió por casualidad, no en su cristal sino sobre los hombros de la hija de un arrendador un pañuelo que estaba seguro de haber escogido él mismo para la cesta de Waife. Preguntaron á la jóven y les respondió que aquel pañuelo se lo habia comprado su padre en el mercado de una ciudad próxima adonde iba todas las semanas.

Merle empezó á echar sus cálculos astrológicos, y encontrando la tercera casa (de viajes cortos) en favorable aspecto con la sétima casa (que contiene el objeto deseado), y en conjuncion con la undécima casa (amigos), aseguró gravemente á Jorge de que al fin conseguirian su objeto y que la hora y el hombre estaban próximos. Confiando poco en semejante promesa, Jorge marchó al dia siguiente con el profeta en el primer tren del camino de hierro á la famosa ciudad de Ouzelford, adonde, cuando nos lo permita el orden cronológico de nuestra narracion (que hemos ya traspasado), conduciremos al curioso lector.

Entre tanto, Lionel siguiendo dócilmente el precepto de lady Montfort, que le prohibia volver á ver á Sofia antes de hablar á Darrell y obtener su consentimiento, regresó á Londres contando con un éxito seguro, y embriagado de alegría. Su primera intencion fué marchar inmediatamente á Fawley; pero al llegar á la capital, encontró algunas líneas de Darrell en contestacion á una carta muy larga y muy afectuosa que el jóven le habia escrito algunos dias antes, solicitando el permiso de ir á hacerle una visita á su antigua casa señorial; porque á pesar de absorber de tal modo sus pensamientos el amor que Sofia le inspiraba, muchas veces se presentaba ante él la imágen de su bienhechor aislado en su retiro. En aquellas líneas, aunque no carecian de expresiones cariñosas, Darrell rechazaba la oferta de su jóven primo.

« Estoy aquí, mi querido y jóven amigo, escribia el recluso, curándome, aunque con frecuentes recaidas en mi lenta convalecencia, de una fiebre moral que me consume. Siento aun mucha flojedad en mis nervios. Me han prescrito el reposo mas absoluto; las visitas, hasta las de mis mas queridos amigos, podrian producir en mi una excitacion peligrosa. Vuestra presencia, la de cualquier individuo del gran mundo, pero vos especialmente, que os encontrais en todo el vigor de la juventud y la esperanza, seria en mi estado de languidez y de fatiga, un suplicio horrible. Cuando me encuentre bien os rogaré que vengais á verme, entonces tendré un gran placer al veros. Hasta entonces no vengais bajo ningun pretexto, no llegue á mi oido el ruido de vuestros pasos en mi tranquila morada. Escribidme á menudo, pero no me digais nada de lo que pasa en el mundo. Habladme solamente de vos, de vuestros estudios, de vuestros pensamientos, de vuestros sentimientos, de vuestros deseos. No olvideis lo que os he aconsejado. Casaos jóven, haced un casamiento por amor; no os deis engañar por la ambicion de honores, por la sed de oro en vuestra eleccion, tomad por esposa una mujer de un alma inferior á la vuestra. Escoged con el corazon de un hombre; sé que no olvidareis nunca lo que os debeis á vos mis-

mo como gentleman; por lo cual pudo asegurarnos de antemano la simpatía y la aprobacion de vuestro

AGRESTE AUNQUE AMANTE PRIMO. »

Al leer aquella carta, Lionel comprendió que no podia partir inmediatamente para Fawley; pero que á pesar de la prohibicion de su pariente debia solicitar de nuevo su permiso. Escribió una carta muy breve manifestándole que tenia que hablarle de un asunto del mayor interés para su bienhechor. Darrell contestó á vuelta de correo; su respuesta era breve, fria, hasta dura, negándose de nuevo á ver al jóven, aunque manifestando que estaba pronto á ocuparse de todo lo que quisiera comunicarle por escrito.

« Si como decís, escribia Darrell con su ironía habitual, se trata de un asunto que me interesa personalmente, debo tomar con vos como abogado la precaucion que tomaba en otro tiempo con mis clientes: decidme por escrito de lo que se trata, antes de que os conceda esa entrevista. »

Aquel hombre orgulloso, sospechaba que Lionel se dirigia á él para hablarle directa ó indirectamente de Jasper Losely, y era ciertamente el último asunto que podia querer discutir con su jóven pariente. Por otra parte, Lionel, quizás no sentiria abogar por su causa y la de Sofia por medio de una carta. Darrell era uno de esos hombres cuya presencia inspira cierto respeto, uno de esos hombres á los cuales en las grandes ocasiones es preferible dirigirse por escrito. La pluma de Lionel corrió rápidamente. Siguiendo el vuelo de su pasion recordó á Darrell el dia en que le refirió cómo habia encontrado á aquella amable niña con el anciano y cómo la simpatía que demostró por ella, mereció la aprobacion de su protector, aumentando el tierno interés que le habia demostrado. Despues refirió la historia de William Losely, tal como se la habia contado Alban Morley, manifestando no sin gran emocion el papel que su padre habia representado en ella. Si William Losely cometió aquel crimen arrastrado por la necesidad de aquella pequeña suma ¿hubiera experimentado nunca aquella necesidad si no hubiera sido por Carlos Haughton? El jóven enamorado representó al abuelo y á la nieta en un cuadro patético; pintó con vivos colores el amor que se profesaban, el carácter sencillo, noble y desinteresado de Sofia, su perfecta educacion, el interés que habia inspirado á lady Montfort. ¿Por qué estaba aquella niña en casa de lady Montfort? ¿Por qué la amaba tanto lady Montfort, y la habia adoptado por hija? Porque lady Montfort, segun ella misma decia, habia contraído en su infancia una deuda sagrada con Darrell, porque en la persuasion de que Sofia era la heredera de Darrell, ella se creia en el deber de librarla de los peligros que la amenazaban, sacarla de la miseria, darle una educacion tan brillante que pudiera no solo regocijarse sino enorgullecerse de reconocerla.

« Lady Montfort, añadia Lionel, parece temer haberos dado algun motivo de disgusto, que yo no puedo adivinar, y teme que os desagrade que yo la haya conocido. De cualquier modo, yo quisiera que pudiérais oír con qué respeto habla de vuestro mérito; la viva gratitud que siente en su corazon por lo que vos hicisteis por ella y por su madre. »

Finalmente, Lionel terminaba su carta con la confesion del profundo amor que le habian inspirado los recuerdos de la pobre niña errante, y que habia llegado hasta el extremo al contemplar á la jóven, cuyas gracias habia desenvuelto la educacion.

« Supongamos, decia, que la relacion que hizo su padre sea falsa, (que yo no dudo tendreis suficientes razones para darle crédito) si no podeis amar á Sofia como nieta, reconocedla al menos, yo os lo suplico, como la compañera de mi vida, dejadla que os ame y os respete como yo os respeto y os amo. Permitid que la proteja contra un padre desnaturalizado, dejadme borrar por medio de una accion heroica la mancha que cubre el nombre de su abuelo. ¡Oh, si yo he sido ambicioso hasta hoy, cuánto mas lo seré ahora que tengo que borrar á la vez la vergüenza de su abuelo y los errores de mi padre! Pero si acaso llega á probarse que Sofia pertenece á vuestra familia, que la sangre de vuestro padre corre por las venas de esta jóven ¡ay! yo comprendo que en ese caso nada me autoriza á aspirar á semejante enlace. ¿Podrá pensar nadie que desciende de un William Losely? No; únicamente podria pensar el mas orgulloso que desciende de vos. Todas las manchas desaparecerian en el esplendor de vuestro nombre; las familias mas orgullosas solicitarian una alianza con ella. Yo todo lo debo á vuestra bondad, solo soy de noble origen por mi padre; y sin embargo, creo que no me rechazareis en ese caso, me dejareis una esperanza para el porvenir, y yo aguardaré con paciencia hasta que logre conquistar como soldado un nombre que me eleve al nivel de una hija de los Darrells. »

En aquella carta empleó el jóven toda su elocuencia; con un arte, que él mismo no creia emplear, presentó todos los argumentos, todos los puntos de vista que podian cautivar mejor el soberbio orgullo ó la exquisita ternura que en el concepto de Lionel componian los principales elementos del carácter de su pariente.

No se hizo esperar mucho la respuesta. A la primer mirada que el jóven dirigió al sobre se apoderó de él un funesto presentimiento que heló su esperanza. La letra de Darrell estaba generalmente en armonía con

la entonacion de su voz; extremadamente clara, formada con una peculiar y original elegancia, indicaba con sus rasgos su carácter natural, sencillo y franco. El cuidadoso esmero con que cerraba sus cartas, absortos siempre en sus pensamientos, rebelaba en Darrell al noble patricio que imprimia siempre un carácter de dignidad á sus mas ordinarias acciones.

La carta que Lionel tenia en la mano apenas dejaba conocer al que la habia escrito. El sobre estaba emborrinado, aquellos caracteres parecian trazados por una mano orgullosa, pero trémula; el sello impreso sobre un gran chafarrinon de lacre; apenas habia dejado bien marcado su escudo como si lo hubiera separado con mano temblorosa sin dejar enfriar el lacre. Y cuando Lionel abrió la carta, aquellos caracteres daban mas claras señales del desorden moral del que los habia trazado. Hasta la tinta tenia un matiz de indignacion y de amenaza, apareciendo mas negra cada vez, á medida que la pluma invadia el papel blanco.

« ¡Niño insensato! así empezaba aquella carta fatal. ¿Quiere valerse de vos esa mujer falsa y detestable, que emponzoñó mi vida cuando estaba en toda su fuerza, para herirme en lo mas sagrado ahora que empiezo á declinar? ¡No me habéis de la gratitud y el respeto de lady Montfort! No me habéis de su tierna y santa mision de arrojar en mi casa privada de heredero á la nieta de un criminal convicto! ¡Haced que lea esta carta y preguntadla cómo se atreve á esperar, conociendo mi carácter, que puede llenar de júbilo mi corazon al intentar persuadirme de mi ignominia! Preguntadla cómo puede aun querer imponer su imágen en mi pensamiento, cómo se atreve á pensar que puede dejarme obligado, cómo piensa aun ejercer una influencia en mi vida. Lionel Haughton, yo os exijo en nombre de todos aquellos antepasados míos, que son tambien vuestros abuelos, que arranqueis de vuestro corazon como podriais arrancar cualquier pensamiento de ignominia, esa imágen que ha ofuscado vuestra razon. Mi hija, gracias al cielo, no dejó fruto de su execrable union. Esa niña, educada por un ladron, esa niña, de la cual, almas miserables, tan viles como Jasper Losely, querian hacer un instrumento de fraude para turbar mi reposo y cubrirme de vergüenza, por grandes que puedan ser sus virtudes y su belleza, nunca será la esposa de Lionel Haughton con mi consentimiento. ¡Yo recibirla aquí como vuestra esposa! ¡Jamás! Está muy distante de mí el pensamiento de amenazas con la pérdida de mis favores, con la pérdida de vuestra fortuna. Casaos con ella si quereis, yo os he asegurado una renta; pero desde ese momento nuestras existencias seguirán separadas, nuestras relaciones cesarán: no me volvereis á ver jamás, no podreis dirigiros nunca á mí. ¡Ah! Lionel ¿podreis darme ese nuevo disgusto? ¿Por una jóven á quien apenas habeis visto, ó por un ridículo sentimiento de caballerosidad, pretendiendo expiar las faltas de vuestro padre, tendreis valor para incurrir en la ingratitud de que se han hecho culpables todos aquellos á quienes he colmado de beneficios? No puedo creerlo. Yo me regocijo de que me hayais escrito, que no hayais venido á verme; pues en ese caso, yo no hubiera podido dominar mi cólera y nos hubiéramos separado como enemigos. Aun escribiéndoos me cuesta trabajo contenerme. ¡Unirse así esa mujer y esa niña para arrancar de mi desolado corazon el último afecto que alimento! No, vos no seréis tan cruel. Enviad esta carta, como os he dicho, á lady Montfort. No volvais á ver á esa mujer, ni á esa jóven que ha acogido para deshonorarme. Esta carta será vuestra excusa para romper con las dos... ¡con las dos!

GUY DARRELL. »

Lionel se quedó anonadado. Por espacio de algunas horas no pudo ejercer bastante imperio sobre si mismo para analizar sus propias emociones ó reflexionar sobre la conducta que debia seguir. Despues de aquella carta de su bienhechor, no podia hacer una eleccion. Debía renunciar á Sofia, pero semejante sacrificio era superior á sus fuerzas. De su pecho se escapaban sollozos entrecortados, como si su alma quisiera separarse de su cuerpo en aquellos espasmos convulsivos.

¡Enviar aquella carta á lady Montfort! ¡Una carta tan poco en armonía con la dignidad del carácter de Darrell, una carta en la cual la rabia parecia llegar hasta la demencia! ¡Una carta que respiraba odio y desprecio, y en la cual hasta insultaba á la mujer que demostraba conservar con tanto respeto su memoria, interesarse tan tiernamente por su felicidad! ¡Cómo podia cumplir la orden de Darrell, cuando aquella carta parecia rebajar mas al que la habia escrito cuanto mas queria humillarla á ella?

¡Pero desobedecerle! ¿Y qué explicacion mejor que aquella carta? Por otra parte, si existia en Darrell algun extraño error respecto de lady Montfort, ¿no podia servir aquella carta para disiparlo? Y si esto llegaba á tener efecto, ¿no podria esperar de Darrell un cambio favorable? Un rayo de alegría iluminó de repente el agitado espíritu de Lionel. Haciendo un esfuerzo volvió á leer la carta. Indudablemente aquel duro resentimiento no era inspirado por él ni por Sofia. Una sospecha se apoderó del jóven y aquella sospecha hizo brotar una esperanza.



LA EXPOSICION FLORAL DE CHERBURGO.

Lionel remitió á Carolina Montfort aquella carta con algunas líneas suyas. En ellas expresaba la profunda desesperación que experimentaba al pensar en abandonar á Sofía, y su convicción de que Darrell por un error de juicio, que no le era posible adivinar, quería tomar venganza de lady Montfort, terminando con la súplica de que en caso de que sus sospechas fueran ciertas perdonase aquella carta escrita con una cólera irreflexiva, y que por el interés de todos no se desdenase de justificarse calmado aquel carácter tan dulce generalmente, y que en aquella ocasión parecía tan áspero y tan cruel. Como el jóven no quería renunciar aun á su esperanza no la encargó que diese por él un eterno adiós á Sofía.

VI.

Entre tanto el desgraciado Adolfo Poole, veía saqueada su bolsa por Jasper Losely que cada vez miraba con mas horror el trabajo. Jamás ejerció hombre alguno la caridad con mas despecho y fué menos recompensado por sus sacrificios pecuniarios que el infeliz habitante de Alhambra Villa. Cuando llegó á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos por descubrir á Sofía, ó inducir á Jasper á aceptar las proposiciones del coronel Morley, sintió que aquel monstruoso parásito le devoraba las entrañas semejante al buitre mitológico.

Jasper se habia habituado á aquel modo regular y poco laborioso de ganar su miserable vida. Ir una vez cada semana á hacer una visita á su antiguo amigo, atararle con sus amenazas, ó arrancar á sus labios crispados una fúnebre sonrisa, empleando un chiste de mal género, llevarse sus cuatro soberanos y pasar alegre la vida hasta la otra semana, era un estado de cosas que Jasper no tenia interés en modificar, y hablaba con veracidad cuando decia á Poole que habia perdido su primitiva energía.

A medida que un hombre sensual del temple de Jasper avanza en edad y se hunde mas en el vicio, una gradual indolencia va usurpando el lugar que antes ocupaban la vanidad y la ambición. Jasper comprendia con amargura que le abandonaba la frescura de la juventud, y que no podia aspirar ya á conquistar el corazón de una jóven ó el oro de una viuda.

Cuando llegó á quedar completamente convencido de aquella verdad se operó una extraña revolución en

todas sus costumbres. Renunció á adornarse esmeradamente, procurando vivir en la oscuridad y dejar de brillar por su elegancia.

En otro tiempo cuidaba de su persona con cierta idolatría, ahora viste con descuido, afecta groseros modales, triste desesperación de la vanidad cuando comprende que debe abandonar sus pretensiones.

Cuando un hombre llega á degradarse se acomoda sin esfuerzo á la esfera á que se ha rebajado. Por nada del mundo, aunque tuviera posibilidad de hacerlo, se pasearía ahora Jasper en cabriolé conduciendo su caballo por Saint-James's Street.

Cada vez se entregaba con mas afán al vicio de beber, desde que carecia de las emociones del juego. ¿A qué habia de jugar con gentes que nada tenían que perder, con las cuales no podia emplear su habilidad para desplumarlas, estando él expuesto á dejar el dinero en sus manos?

Por otra parte, en la creencia de que en casa de Poole tenia una renta fija con la cual podia satisfacer todos los goces brutales á que entonces aspiraba, por la primera vez en su vida se apoderó de él una extraña prudencia.

(Se continuará.)

La Exposición floral de Cherburgo.

Una gran corriente de aguas calientes que parte del golfo de Méjico y se dirige hácia el Este para venir á encontrar las costas occidentales de Europa que acompaña subiendo hácia el Norte, ejerce en todo el clima de Francia una influencia considerable para disminuir el rigor de los inviernos. La acción de esa corriente, que conocen los marinos con el nombre de Gulf-Stream, se hace sentir mucho mas en aquellas costas que en el interior; y para dar una idea de la diferencia, basta citar algunos de los resultados mas notables obtenidos en el cultivo al aire libre de vegetales de formas esencialmente meridionales, como la palmera y el bambú.

La notable exposición que ha presentado en los últimos dias de mayo la Sociedad de horticultura de Cherburgo, ha llamado nuestra atención sobre ese

punto importantísimo. Verdaderamente nos sorprendió ver allí las magníficas muestras de plantas exóticas que habian expuesto los jardineros de la ciudad, pertenecientes, en su mayor parte, á especies cuyo cultivo se ha probado hace ya muchos años con el mejor éxito, al aire libre. Nuestro dibujo representa la exposición de M. Rideau.

En primer término se nota un hermoso ejemplar de una palmera de la China (*Chameroops excelsa*), á la izquierda un bambú que excede en altura las plantas vecinas, y en el centro un helecho arborescente (*Balanium antarcticum*). Estas diversas especies abundan bastante en los jardines de Cherburgo, habiendo soportado ya unos veinte inviernos, y ¡cosa mas notable aun! habiendo florecido y fructificado muchos de ellos. En un jardín del camino del Roule hay un cañaveral de bambús, que recuerdan los que hemos admirado en los países intertropicales.

No nos extenderemos mas en los detalles de la exposición, aunque muchas cosas lo merecerían, pues en Cherburgo está muy adelantada la horticultura. Es una circunstancia á la que contribuye la posición excepcional de aquella ciudad situada al extremo de la península del Contentin y que por esta razón disfruta aun! habiendo florecido y fructificado muchos de ellos. En un jardín del camino del Roule hay un cañaveral de bambús, que recuerdan los que hemos admirado en los países intertropicales.

Concluiremos diciendo dos palabras sobre una consecuencia científica que puede deducirse de los resultados de las curiosas aclimataciones citadas mas arriba. Consiste pues, en que la presencia en las antiguas capas del terreno, de huellas de formas vegetales consideradas como tropicales, v. g. las palmeras, se explica perfectamente, por el estado insular de Europa en aquellas épocas, como lo supone el sabio geólogo inglés Lyell, sin recurrir á la hipótesis de una temperatura mas elevada que hay en toda la superficie del globo, segun está generalmente admitido. Cherburgo se encuentra casi en el 50° de latitud, y sin embargo, vemos que basta su situación casi insular para que haya allí especies de palmeras que crecen y fructifican.

E. L.